

© Número 104

REVISTA

TEATRALL

LITERATURA—SPORTS

ANUNCIOS: PRECIOS CONVENCIONALES

No se devuelven los originales que se nos remitan

CÁNOVAS DEL CASTILLO
NÚM. 25



Ayuntamiento de Madrid

EL RETRATO DE LA VUELTA

Si no pareciera redundancia, no vacilaríamos en afirmar que cuanto más se cultive un género en el terreno del arte, y sentando como base principalísima la de poseer aptitudes para él, más se perfecciona. Y esta afirmación, que la haríamos en tesis general, vendría perfectamente como de molde al caso presente, respectivo a la lindísima *danseusse* Dorita Ceprano, con cuyo fotograbado adornamos hoy la primera plana de esta publicación.

Diez y ocho primaveras, ni una más, hace que Dorita vino al mundo, en la poética ciudad de los Dux y de las góndolas, en la sin par Venecia, y ya transcurrieron doce de su primera aparición al público; aparición que hizo *ahí, a la puerta de casa...* ¡en la capital de Turquía!

Si, lectores amados, los azares de la vida llevarónla con su buen padre, notable profesor de flauta, y con sus hermanos Hugo y José, a Constantinopla, y allí, en unión de los dos últimos, formando una *troupe* de infantiles acróbatas, comenzó su carrera cuando aun no había cumplido los seis años de edad.

Cultivando con éxito creciente los ejercicios gimnásticos, comenzó a recorrer sin descanso poblaciones importantes de la Rumanía, siendo más tarde contratada para los principales circos y teatros de Trieste, Venecia, Milán, Génova, Niza, Monte-Carlo, Marsella, etc., hasta ser escriturada para el Palacio de la Ilusión, de Barcelona, hará próximamente cuatro años.

De entonces acá, puede asegurarse que los públicos de la mayoría de las capitales de España y pueblos de alguna importancia, han tenido ocasión de festejar a la bellísima Dorita, ocurriendo en más de una de aquellas, como en Sevilla, que actuó en cinco ocasiones distintas.

Aquí en Cádiz, y en el propio Cinematógrafo del Sr. Escudero, donde hoy se hace aplaudir a diario, actuó con éxito verdad hace cinco meses, deleitando a la numerosa concurrencia habitual en el mismo.

Como bailarina, es Dorita Ceprano de lo más notable que pisa hoy las tablas de nuestros escenarios.

Son sus danzas más preferidas las del género flamenco o andaluz, y viéndola ejecutar con sin igual gracia y destreza, panaderos, garrotines, tangos, etc., diría cualquiera que nuestra biografiada había nacido en un rincón de la sierra granadina ó en los propios límites de la riente Hispalis.

Y si como artista es Dorita una notabilidad en el coreográfico, como mujercita encantadora, es un

dechado de primores. Aparte sus femeniles atractivos *materiales*, su *vocecita* de agradable timbre, la corrección con que se expresa en los cuatro idiomas que posee (incluso el castellano), constituyen atractivos poco comunes, que hacen su trato verdaderamente delicioso.

Nuestro más cordial saludo a la gentil artista y nuestros deseos más sinceros por que jamás se interrumpa la serie de triunfos hasta hoy alcanzados en su carrera artística.

LORD BYRON.

SEMBLANZA

Aunque no es nada esbelta su figura,
nadie puede negar que sea *lozano*
y de *reyes* su tipo: es campechano
y atento, sin achaques de finura
Ha recorrido en la judicatura
media escala social: fué Juez decano
y después Juez suplente, o *de secano*,
y ahora es de Fiscal su investidura.
Es buen amigo: de agradable trato:
es su vista jurídica de alcance:
modesto y enemigo del boato.
Hace tiempo *tomó bicarbonato*,
como cantaba el *punto Mingorance*.
Y ¿quién no le conoce con tal dato?

El Camerino de "La Zorrilla"

(Instantánea de Bastidores)

(CONCLUSIÓN)

Entonces dejó de silbar el de Río-húmedo, y creyó oportuno intervenir en la discusión, para librar a la tiple de una afonía que hubiera sido muy lamentable y que parecía inminente de seguir la Zorrilla abusando de la garganta, por privilegiada que ésta fuese.

—No se acalore usted, Luisita,—dijo el descendiente de la segunda cruzada—se me ocurre una idea.—¿Pero le quedan a usted todavía?—respondió galantemente la diva.—¿Por qué no se pone usted las medias color de rosa?; eso sería de mucho efecto, y sobre todo muy *chic*.—¡Usted qué sabe!—gritó con el mismo tono de amabilidad la Zorrilla.—Usted no es voto; si hubiese *por ahí* algún autor...—¡Pues yo, señora, yo!—exclamó Gordillo, terciando en el debate y orgulloso de verse árbitro en aquella cuestión de pantorrillas—mi opinión es la del señor: ¡algas color de rosa!; ¿y quién dice que no las hay, verdad señores?

Claro es que ni mi amigo ni yo teníamos empeño en sacar la cara por la respetable clase de algas; pero si tal hubiese sido nuestra idea, la mirada angustiosa que nos lanzó Inocencio, hubiera bastado para disuadirnos y hasta empeñamos nuestras palabras respectivas al afirmar que las algas color de rosa, no sólo existen, *sí que también* son las más preciadas, y las más dignas de consideración.

Pasó este incidente y volvió el vizconde a silbar y a subirse los pantalones con insistencia de monomaniaco, y volvió Gordillo a contemplar la alfombra; esta vez, pensando: estoy seguro de ello, en la crueldad de las tiples, que impiden a los autores darse a conocer, y volvimos Regúlez y yo a nuestro mutismo.

La tiple continuaba vistiéndose e Inocencio seguía andando de un lado para otro, obedeciendo a los mandatos imperiosos que como fuego graneado salían de detrás del *paravent*...—¡el pantalón de seda negro...!—¡la caja de la velutina...! ¡esas medias color de rosa! puesto que ustedes se empeñan... ¡dame ahora...! ¡pero ven aquí!, ¿quieres que lo diga gritando, delante de estos señores...?

Inocencio sudaba, sudaba, y me dirigía miradas expresivas de carnero moribundo, como diciendo: ¿ven ustedes esto?, ¡pues esto no es nada!; en casa, en casa es ¡el delirio!

Apareció radiante con su traje de fantasía, de demasiada fantasía quizás, deslumbradora por el resplandor que de sus brillantes (algunos de ellos buenos) se escapaba, sonrió intencionadamente al barón, que subyugado por aquella mirada, se subió más los pantalones, nos saludó afectuosamente a Regúlez y a mí, no se preocupó poco ni mucho de Gordillo, que abría el manuscrito por la escena primera, y gritó a su marido:—¡a ver, hombre, un abrigo!, ¿quieres que salga por ahí medio desnuda y pille una pulmonía?

Iba a empezar el acto y salimos del *camerino* la Zorrilla, Regúlez y yo; allí quedaban el barón, dispuesto a echar un sueño, arrellanado en la *chaise longue* y con los pantalones por la rodilla, y Gordillo, que acercó una silla al lado del infortunado marido y exclamó regocijado, blandiendo el manuscrito:—¡Ea, ahora que nos hemos quedado solos, voy a hacerle a usted pasar un buen rato, leyéndole el juguete! Mientras que Inocencio le miraba con los ojos muy abiertos y se secaba el copioso sudor que manaba de su rostro, con una tohalla.

Excusodeciros, que las medias color de rosa, lejos de indignar al respetable público, sirvieron para que se repitiesen catorce o quince veces los *couplets*

del *alga pudibunda*, y para que los críticos de *a perro chico* hicieran buen acopio de adjetivos encomiásticos, que prodigaron al siguiente día en los diarios, ponderando las morbideces de la tiple y el ingenio de los autores de la zarzuela, y excuso decirlos también, que no hubo un alga digna que saliese defendiendo la clase, y demandando a la tiple, por permitirse simbolizar tan inocente familia con unas pantorillas, más o menos esculturales, y unas medias color de rosa.

P. HERNÁNDEZ.

MIENTRAS ALIENTE

¿Sabes qué dice en la enramada oscura
con trino delirante
a el avecilla oculta en la espesura,
aleteando, el ruiseñor amante?

—
¿Sabes qué dice el áura al casto lirio,
cuando tibia lo besa,
y la flor en dulcísimo delirio
con raudales de aroma la embelesa?

—
¿Sabes lo que el lucero de la aurora
dice a la parda nube,
al enviarle el rayo que la dora,
cuando brillante por Oriente sube?

—
Todo eso ha de decirte en su martirio
mi corazón doliente;
y aunque te enojés, ave, nube o lirio,
te lo habrá de decir mientras aliente.

S.

CÁDIZ EN VERANO

Alguien ha comparado a Cádiz con opulenta nave, fondeada en el Océano, como leal y fiel guardadora de las libertades patrias. Pues se necesita venir a bordo de este hermoso buque para salir del error en que están las cuatro quintas partes de los españoles y la inmensa mayoría de los extranjeros: creen que por ser esto Andalucía perecemos abrasados de calor en verano. Error grandísimo; exceptuando los días de Levante en calma (que son los menos) y los contados días de viento Sur (también pocos); durante toda la temporada se goza de una temperatura primaveral. Nuestras casas, con sus frescos patios, amplias habitaciones, características azoteas y alegres galerías, parecen construcciones adrede para mitigar y combatir los rigores de la canícula.

El mar inmenso, movido siempre y siempre

atractivo, aun para los que han nacido en estas playas, sería ya suficiente encanto, a no prodigarlos irresistibles las mujeres con su peregrina belleza, los hombres con su proverbial ilustración y los hijos todos de esta tierra con la innata cortesía y cultura jamás bien ponderada; y la ciudad insigne por excelencia, con su historia inmortal.

El interior de España y la Andalucía central arrojan a las playas y balnearios en la estación veraniega, a millares y millares de viajeros que sólo buscan el mar.

No consultan otra opinión ni otro libro que la guía de ferrocarriles y allá donde el viaje resulta más barato y haya playa donde bañarse, allá se dirigen.

Alicante, Valencia, Cartagena, con sus climas cálidos, reciben gran contingente de bañistas todos los años. A las playas del Norte va la moda; es decir, el dinero. A Cádiz acuden nuestros conterráneos del interior, parte de nuestros vecinos de Sevilla; buen número de cordobeses y granadinos y acaso contadas personas de la Mancha alta que se atreven a arrostrar lo caro y molesto del viaje.

El hecho cierto, positivo, indudable, es que gran número de forasteros acude a Cádiz a pasar el verano, y aun familias enteras de Jerez y de Sevilla trasladan aquí sus domicilios durante la citada estación; es decir, que sin tener en cuenta condiciones climatológicas, higiénicas, ni demográficas, por sufragio universal, Cádiz resulta estación de verano: y ante este argumento ceden todos los que pudieran ofrecerse en contra. Por eso todos los atractivos nos parecen poco para hacer agradable la estancia de los forasteros en esta ciudad.

PHILOS.

¡SIGA LA FIESTA!

Aquí en España nos preocupan poco las desgracias que vengan:
lo contemplamos todo indiferente
y ¡que siga la fiesta!
¿Que ya lo de Melilla se va haciendo complicado problema,
y que aunque pasan años no termina la desgraciada guerra?
¿Que se gastan millones y millones;
que la Patria se empeña
tal vez inútilmente, y que el Erario agota sus riquezas;
que mueren nuestros hijos bajo un clima que implacable los diezma,
y que manda el Gobierno a reemplazarlos los pocos que nos quedan...?
Esto no nos preocupa, ni merece nuestra atención siquiera;
lo contemplamos todo indiferentes
y ¡que siga la fiesta...!

¿Que nos falta dinero? ¿Que miramos cercana la miseria?

¿Que parece que todas las desgracias en nosotros se ceban...?

Seguimos sin pensar en la hecatombe que terrible se acerca...

Lo contemplamos todo indiferentes
y ¡que siga la fiesta!

Pero si Juan *Fulánex*, que es torero,
se corta la coleta;

o el tenor *Perengánex* ya no canta,
porque tiene ronquera;

o el Conde *Tontolino*, un elegante,
no monta en bicicleta...

entonces, todo el mundo se disgusta
y ninguno sosiega;

y nadie permanece indiferente
¡y se acaba la fiesta!

MANUEL FERNÁNDEZ MAYO.

Papelería de Moda

„La Rosa de Oro,,

Rosario y Baluarte.

De cómo miran “ellas”

A mi sobrino M.

No revelaré tu nombre: si las adorables hijas de nuestra débil madre supieran que estas observaciones, fruto de mis treinta años de estudios experimentados, iban dirigidas a tí, mozo de veinte y cuatro, en la plenitud de los atractivos juveniles, y en la lozanía de los años floridos, desde ese momento te mirarían con desconfianza o no te mirarían de ningún modo; lo que sobre ser una desventura, para tí, habría de obligarme a mí a variar el método que proyecto adoptar en este breve curso.

No despertemos, pues, al que descansa—por más que el sexo, nuestro enemigo, no lo hace más que con un ojo, mientras con el otro mira lo que le interesa—y demos comienzo ya al estudio, a que vamos a dedicar algunos minutos; estudio que podría pedantescamente titularse *Manografía de algunos modos de mirar las mujeres*.

*
*
*

No seguiré, a pesar de este pomposo título, forma en pretensiones de científica; estando yo conforme en que el movimiento se demuestra andando, te invito a pasear un rato por esas calles y plazas de Dios, donde la casualidad—madre de tantos acontecimientos, unas veces sin consecuencias,

trascendentales otras—nos ofrecerá ocasión y materia a estudios prácticos.

A la calle, y empeeemos, pues.

Como no se consuela el que no quiere, te diré, a modo de axioma preliminar en la materia, que toda mirada, sea del género que sea, admite interpretación halagüeña, incluso la que pudiéramos llamar *mirada negativa*, o sea el caso de no ser mirado.

Aguarda, aguarda; me parece que se nos va a presentar este caso.

Éjate en esa dama que viene hacia nosotros. Es una mujer hermosa, elegante, por la misma sencillez con que está vestida; su andar seguro, sin *pose*—estudio, como diríamos en español, aunque no sea exactamente lo mismo—da a conocer que está de tiempo acostumbrada a andar sola: por supuesto, es casada; su marido, que la dobla la edad, tiene sesenta años.

¡Mírala, qué guapa! ¡Con qué disimulado esmero procura no fijar los ojos, ni aun momentáneamente, en tí; por lo que al pasar entre nosotros, no sabe qué hacerse con ellos. Aquí entra el consuelo.

¿Habrán tenido miedo de que encontrándose sus ojos con los tuyos—pues ella sabía que tú la mirabas con mala intención—hubieran aquéllos dejado conocer alguna simpatía de que acaso eres objeto? ¿*Chi lo sé?* ¿Y por qué no creerlo? Si fuera así...

¡Una mujer que tiene miedo a la mirada de un hombre! Esto pudiera servir de primer capítulo a una novela de amor, cuyo desenlace... Pero, ahora me acuerdo que te dije que era casada. Basta y silencio... que este consuelo no cabe en el caso presente.

¡Bonito terceto! Tres alegres jovencitas acaban de aparecer en la esquina. Sus risas y su gentileza, lo fresco de sus rostros, la satisfacción que en ellas y en todas sus personas se advierte y lo mirífico de sus trajes, han llamado tu atención: de fijo habrás pensado:

—Las tres van a fijarse en mi interesante persona y hasta a decirme con sus ojos: ¡*Qué guapo está usted!*

Pues te engañaste, inocente, pasaron sin mirarte.

Segundo caso. También tiene explicación favorable; algo durilla de tragar en los tiempos que corren, pero favorable al fin, que es lo que importa.

Tal vez ese esbozo de pudor virgen y la corteidad de los pocos años—sumados los de las tres, apenas llegan a cuarenta—esa falta de soltura, pro-

pia de los primeros momentos de la luz pública, las ha retenido en su deseo de mirarte y aun de examinarte de piés a cabeza, por más que para eso les hubiera bastado, y aun sobrado, con un instante; pero déjalo; cuando dentro de dos o tres años, vengas a tropezarte con ellas, te mirarán y mucho, para desquitarse de lo que ahora no se han atrevido a hacer.

* *

Mira: pasa por la calle que cruza la nuestra, y a poca distancia de nosotros—atiende, no te distraigas—Virginia, la encantadora hija de la Marquesa de Puentealto.

¡Qué sería! No quiere que el más leve movimiento de su cabeza le descomponga el tocado: cierto que es una verdadera obra de arte, hecha con sus finísimos cabellos rubios.

¿Mirará?

No te engrías porque antes de llegar a la esquina, sin volver apenas la cabeza, te haya lanzado con aquellas dos hermosas pupilas que parecen dos soles, una de sus miradas fascinadoras y sugestivas, que hacen perder la vista al hombre más fogueado en asuntos de amorosas miradas.

* *

Sigamos; al volver la esquina, vamos a tropezar con las dos esculturales hijas—epíteto sacramental—de don Florencio de Batehojas, industrial de lo más conocido del ramo—no te digo el ramo, por ser de los menos distinguidos, aunque para mí, todos son igualmente dignos.

Verdaderamente, el grupo es notable; lo gallardo de su estatura; la morbidez de sus formas; lo elegante de su *toilette*; el señorío de su cadencioso andar; lo magestuoso, sin afectación, de su continente; todo predispone a la admiración codiciosa—vas a pedirla *una mirada por amor de Dios*.

Perdone usted, hermano. Las de Batehojas pasan haciéndose las distraídas y ocupando orondamente la acera, mirando a los balcones de cualquier piso, por no alcanzar a ver, desde el sitio en que se hallan, la cabaña de algún fotógrafo.

Vamos, ¿qué decís de esto, señor sobrino?

¿Lo harán por lucir en esa actitud contemplativa las grandes curvas de sus hermosos ojos?

—¡Pudiera ser!

* *

Mira, mira qué monísima viene Lolita, la notabilidad del momento actual. Preciosísima, con toda la lozanía de los veinte y un años, y la picardigüela propia del constante trato social.

Ya llega a nosotros: ¡con qué perfume tan distinguido se anuncia y nos embriaga!; pero pasa tan distraída, que razonablemente puede pensarse que no te ha visto.

¡Qué inocencia! Te ha visto; y es más: te ha mirado, pero créelo—aunque te parezca difícil—sin fijar los ojos en tí.

—¿Y cómo?

—Ese es un secreto profesional del bello sexo.

* *

—¡Caramba, qué portento viene por la acera de enfrente!

—Verdad, tío; pasemos junto a ella con disimulo.

—Pasemos y abre los ojos; es la joven más linda, más gentil y mejor modelada de cuantas hasta ahora hemos encontrado.

—¡Calla! ¿Qué significa esto? Su andar parece inseguro; se pone color de escarlata; manifiesta gran malestar nervioso al mover el abanico; no quiere mirarte, y como arrastrada por una especie de fascinación, al fin te mira un instante.

—¿La conoces, sobrino?

—Sí; de una noche que en el teatro ocupé una butaca junto a la suya.

—¡Ah, pilló! Ya. ¡Qué felices son algunos tunantes! Esa breve mirada es todo el segundo capítulo de una novela interesante.

* *

¡Silencio! Gran tipo: morena sanguínea: mejillas rojo cobrizo: estatura, dos dedos *sobre la marca*—y perdona la fórmula—cabello negro, ala de cuervo, con reflejos metálicos, más negros que el porvenir de un cesante con cinco hijos y *esposa en cinta*; cejas artísticamente dibujadas y finas—rasgo de raza distinguida—brillantes y sedosas pestañas; labios como el consabido rubí *partido por gala en dos*, y una plenitud de formas y dulzura en planos que...

Se llama Consuelo; la conocida, la solicitada Consuelo (de tristes); fijate en cómo hiérge la cabeza, la actitud que adopta, que lo mismo puede creerse de pueril engrandecimiento, que de disculpable coquetería; cómo mira con una mirada que deslumbra más que un rayo de sol zenital, y cómo la fija algunos segundos sin escrúpulo, con intención aviesa y como diciendo: *Me gusta usted mucho*; tanto, que espero me preguntes. ¿Qué significa esto?

Pues, nada: no me ha parecido ni bien ni mal; ella es la que se ha parecido bien a sí misma, con ese juego de ojos y esa expresión de ternura. Lo que quiere es que la sigas y lucirte de escolta; tú, por supuesto, lo harías si no vinieras conmigo. ¡Somos tan tontos los hombres!

* *

Vienen ahí detrás una madre y una hija. Según la pequeña biblioteca que veo en sus manos, vienen

de la iglesia oliendo a incienso, y bajo las más santas impresiones del misticismo cristiano. Su aspecto serio, su silencio, la indiferencia a lo que les rodea, todo prueba que no me he equivocado: vienen de misa.

Pero, ¡qué delicado capullo de rosa me parece la niña!

¡Qué expresión de inocencia no fingida!

Acorta el paso para que nos alcancen, y al sentir las cerca, hagamos filas para que pasen por entre nosotros.

Ya llegan. ¿Ves esos ojos tan modestamente clavados en el suelo?, ¡quien lo diría! Se han levantado para dirigirte una mirada rapidísima, pero llena de interés.. Esa, esa sí que te ha mirado con intención declarada, esa sí.

* *

¡Ah, sobrino, estás de suerte! ¡Qué idilio de amor picaresco no hay en la ojeada de aquella graciosa mozuela! Ha vuelto dos veces la cara antes de llegar a la tienda a donde se dirigía, y se ha detenido en el umbral de la puerta, mirando a toda la calle, como si buscara a alguien, para al fin fijar sus ojos expresivos en tí, como diciendo:

—¡Hombre, dígame usted algo!

—¡Qué gracioso mohincillo, y qué sonrisa tan significativa!

Me parece, sobrino... sigamos nuestro paseo.

* *

¿Qué me dices de aquella que no mira, porque no le da espacio el viento que la ciñe el traje al cuerpo, dibujando líneas de helénica corrección? La que la acompaña, sí, te mira con una expresión de inteligencia, como si su mirada fuera la continuación de un coloquio interrumpido.

Ahí viene otra.

Conozco el modo de mirar de esa mujer, obsérvala.

Atiende... ya pasa...

—¿Te ha mirado?

—No lo sé... creo que sí.

—Te equivocas; esa tiene por costumbre traidora, dirigir su vista a un objeto ideal, que supone hallarse muy próximo a la cabeza del que pasa, de modo que su línea visual casi le roza, dejando al paciente sin saber si le miró o no.

Es un estilo especial, para el que podría pedir patente, si no hubiera algunas, aunque pocas que lo explotan há tiempo.

* *

Ahí viene una que *se duerme en la suerte*, pues no sabe cuándo apartar los ojos del mirado.

Detrás otra que mira como diciendo con los ojos: *Le hago a usted el favor de mirarlo.*

Y después otra que te mira sencillamente por

curiosidad; y otra que te dispensa una mirada expresiva, para que no favorezcas con la tuya a la amiga que la acompaña, más guapa que ella; y probablemente tropezaremos con la chica con quien has tenido trato y bromas, que te lanzará raudales de amorosas miradas, remate de significativa sonrisa; y más tarde, con la que te mirará porque desea conocerte, habiendo oído hablar de tí, como conquistador, y la primita que la acompaña, que al verte le dice: ¡Ese es Fulano!

También encontraremos—estoy seguro de ello—una de esas mujeres de andar resuelto y varonil, tan altas como tú, con la cabeza echada algo para atrás, en actitud de soberbia desdeñosa, que te mirará sin abrir mucho los ojos, con cierto aire impertinente, como diciendo: *Es usted muy poca cosa para atreverse a mí*. Y si te atrevieras... pero, basta: correríamos el mundo de uno a otro extremo, y cada vez encontraríamos nuevos ojos, mirando de un modo nuevo.

¡Mirada de mujer! Problema que la vida presenta a cada instante, y que toda la experiencia del hombre más *experimentado* no acierta a descifrar.

Pero, ¿qué importa? ¿No está en nuestra mano la interpretación de esas miradas? Pues démosles la que más halague a nuestro amor propio: al fin y al postre, eso hace media humanidad, y es feliz, mientras se burla de ella la otra media, que a su vez hace lo mismo.

SILOS.

SECCIÓN DE ESPECTÁCULOS

Teatro Principal

Ante mediana concurrencia en las secciones 1.^a y 4.^a y numerosísima en las 2.^a y 3.^a hizo anoche su única presentación en este coliseo la hermosa y nombrada cupletista *La Fornarina*.

Celebróse su atractiva belleza y el lujo de sus *toilettes*, sin que en las canciones que interpretó se advirtiera nada extraordinario, no obstante lo cual, fué bastante aplaudida.

Teatro Cómico

Las gestiones que el director de una modesta compañía de verso venía haciendo cerca del señor representante del propietario de este coliseo no dieron el resultado por aquel apetecido y por lo tanto, continua sólo el espectáculo reducido a la proyección de películas de cinematógrafo, al cual por la calidad y variedad de estas, continua favoreciendo público tan numeroso como distinguido.

Royal Cine Escudero

Dos números, muy aplaudidos ambos, dejaron de actuar en este pabellón, por haber cumplido su contrato, durante la anterior decena: *La Sevillita* y *Los Mascotas*.

Por lo que respecto a la primera, y no obstante los aplausos a que nos referimos, y que nosotros también la tributamos, ocúrrenos aconsejarla que procure ampliar su repertorio, en atención a que lo escaso de él hace que comience bien las temporadas y vea languidecer al público desde la mediación de ella.

La Morita toca a su fin, por ahora en Cádiz, y así mismo para ella guardaremos otro consejo; y es este respectivo a que no exajere tanto los clásicos movimientos que en las danzas a su cuerpo imprime, porque si bien es cierto que a determinada parte del público complace, o al menos manifiesta complacerle esas *contorsiones*, a la mayoría no gustan y las rechaza, con razón sobrada en sentir nuestro.

La reaparición de la gentil *fanciulla* Dorita Ceprano ha constituido un doble triunfo: para ella y para el amigo Escudero, cuyo *papel* ha experimentado un alza considerable, no dedicándole en este lugar mayor espacio por llevar ya el que le pertenece a la cabeza del número presente.

La Srta. Valery, es una chica de esculturales formas que en su cuerpo recibe los potentes focos de una buena linterna, cuyas pantallas la hace aparecer a la vista del espectador vistiendo trajes diversos bajo fondos igualmente distintos.

Apláudese su belleza, que otra cosa, como es lógico aplaudírsele no puede, si no fuera a la impasibilidad con que sus hermosos ojos resisten los torrentes de luz que sobre ellos enfocan.

Seguirán más *débuts* y de ellos daremos oportuna cuenta.

S. R. W.

Salon de Peluquería

DE

José Rodríguez Díaz

Sagasta, núm 43.

SERVICIO ESMERADO

CADIZ

Dr. D. Fernando Muñoz, Catedrático de Medicina.—Consultas de 1 á 3 de la tarde.

ZARAGOZA, número 15.

Manuel Oquendo.—Salón de limpiar el calzado.
DUQUE DE TETUÁN Y SAGASTA

Imprenta de Manuel Alvarez, Cádiz

BAZAR EUROPA

Viuda de García y Martell

COLUMELA y JOSÉ DEL TORO, núm. 15. -- CADIZ

Teléfono núm. 108

Grandioso surtido en objetos de fantasía para regalos.—Artículos de piel y para viajes.—Cestería fina.—Vajillas.—Cristalería.—Aparatos para luz eléctrica.—Plata Meneses.—Imágenes religiosas. Sparklets y cápsulas para los mismos.—Thermos.—Patines.—Poleas para gimnasia.—Hules y Tapetes.—Gramófonos y Discos.—Juguetes.—Servicios completos para Cafés, Hoteles y Restaurants.

Anuario de Cádiz y su Provincia para 1912

Por Manuel Juárez Saborda y Serafín Pró Ruiz

Oficiales de la Secretaría del Excmo Ayuntamiento de Cádiz.

EDITORES-PROPIETARIOS

premiados con DIPLOMA DE COOPERACIÓN y MEDALLA DE PLATA en las Exposiciones de Valencia 1909-1910 por sus Guías del Forastero
CADIZ-SEVILLA.

Información completa, detallada y exacta.- Datos utilísimos.

PRECIO DEL LIBRO

Edición corriente, encuadernada en cartóné. Ptas. 6'00
Edición de lujo, en tela, con planchas doradas. Ptas. 8'00

Puede adquirirse en las librerías, centros de suscripciones y papelerías, y directamente á sus editores-propietarios, calle Isaac Peral, núm. 19, CADIZ.

Corresponsales en la provincia.

JUAN CIFREDO. — Fotógrafo.

Calle Hospital de Mujeres, núm. 6.-Cádiz

Fotografías para kilométricos

al cuarto de hora.

ANTONIO NAVARRO

DESPACHO DE VINOS DE TODAS CLASES

Especialidad en Valdepeñas

SAGASTA, núm. 5.

Viuda de R. Alcón y F. Lerdo de Tejada.—Cadiz

COMISIONES, CONSIGNACIONES, TRÁNSITOS.

Casa fundada en 1833

LINEAS DE VAPORES QUE CONSIGNA ESTA CASA

Compañía Anónima de Vinuesa, de Sevilla.—Compañía Sevillana de Navegación á Vapor, de Sevilla.—Sociedad de Navegación é Industria, de Barcelona.—Austro Americana: Fratelli Cosulich, Trieste.—Línea de Vapores Tintoré, Barcelona.—Línea de Vapores Serra, Bilbao.—La Flecha, Bilbao.—Société Generale de Transports Maritimes á Vapeur, Marsella.—White Star Line, Liverpool.—Mediterranea & New York S. S. C.^o, Liverpool.—John Glynn & Sons, Liverpool.—Ceballos Line, New York.—Société Cockerill, Amberes.—La Ve-

loce, Génova.—Larrinaga y C.^a, Liverpool.—Compañía Marítima Comercial, Barcelona.—Hijos de J. Jover y Serra, Barcelona.—Compañía de Navegación Olazani, Bilbao.—Compañía Santurzana de Navegación Santurce.—M. H. Bland & C.^o, Gibraltar. Servicios de salvamentos, remolques, etc.—Lloyd Aleman, Compañía de Seguros Marítimos, Berlín.

Depósito de Patentes submarinas y Lagolina esmalte marca Holzapfel's.—Exportación de Sales, etcétera.

Oficinas: Isaac Peral, núm. 9.— CADIZ